



BEATRIZ ROGER Y LUISO SOLDEVILA

# MARISMAS

Beatriz Roger  
Luiso Soldevila



Marismas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Luiso Soldevila Roger, 2022  
© Beatriz Roger Torres, 2022  
© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: enero de 2022  
Depósito legal: B. 18.358-2021  
ISBN: 978-84-08-25090-6  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rotoprint  
Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

*21 de diciembre*

Es morena.

Yo la hubiese preferido rubia. Pero, pensándolo bien, será más divertido así. De distinto color.

Se ha pasado la tarde entrando y saliendo.

Lleva un buen rato sentada en el columpio y se ha subido la cremallera del impermeable, como si tuviera frío. Yo tengo calor. Y siento un cosquilleo en el estómago. Me encanta. Es porque sé que voy a jugar.

Desde donde estoy, oigo como las cadenas chirrían mientras ella se balancea estirando las piernas. Yo soy más valiente y me columpio mucho más alto. Pero tengo que tener cuidado de que nadie me vea.

Siento tantos nervios que me tiro del pelo. Varias veces. Muchas veces. Hasta que me hago daño. Me gusta hacerme daño. Me he arrancado un mechón.

Ha oscurecido.

Aparto unos matorrales para verla mejor. Pero ¿dónde está? ¿Por qué se retrasa? Siempre igual. Me hace esperar.

Acaba de llegar. Se ha acercado a la niña, que ahora se ha deslizado tobogán abajo, como si nada. Hablan. Todo va bien.

Nina. Nina. Nina.

Las plantas crujen mientras intento hacerme un hueco entre ellas y aguanto la respiración. Pero ella no me oye. Está distraída con un caramelo.

Me froto las manos. ¡Qué tonta es esta niña! Yo no soy tonta. Aunque tal vez pueda parecerlo.

Veo una sombra en una de las ventanas de la casa, en el piso de arriba: es su habitación. Siempre me observa. Pero no sé si me ve. Ojalá lo haga. Estoy tan contenta que me arranco un poco más de cabello. Esto me hace sentir mejor.

La niña duda. Pero se pone en pie y le sigue. Por un momento, he pensado que no lo haría.

Esta niña es muy morena. Diferente a otras. Diferente a mí. Pero, como a todas, le gustan los sugus.

Tengo que regresar a casa. Tenerlo todo preparado. Para cuando llegue.

Quiero jugar. Quiero jugar. Quiero jugar.

Miro a mi alrededor para asegurarme de que no hay moros en la costa. Pero la gente no suele pasear al anochecer. Aunque yo sí.

La oigo llamarle y decirle que la espere. Pobre niña estúpida.

Antes de escaparme a hurtadillas, vuelvo a mirar hacia la ventana. La cortina se mueve. Pero la sombra ya no está.

Cae la noche. Es la más larga del año. Bashira sabe que debe volver al hostel, porque seguro que su madre está a punto de acabar su turno. Además, tiene frío. Le parece que lleva horas columpiándose, aunque tal vez sea por culpa del aburrimiento.

Ha salido de la casa, cansada de estar con los mayores, del olor y del calor de la cocina. Y nadie le ha hecho demasiado caso porque todos andaban muy ocupados.

Ayer estaba contenta, pero hoy ya no: es el primer día de las vacaciones de Navidad. Estaba segura de que esta vez lograría que su madre la dejase quedarse sola en casa o, incluso, ir a la de alguna amiga. Pero le ha dicho que no. En realidad, la tenía medio convencida, pero su padre ha sido contundente, como siempre, diciendo que ni hablar y decidiendo por todos. Eso la ha disgustado mucho y está bastante harta. No entiende cómo no se dan cuenta de que ya no es una cría.

Para ella, la Navidad no significa nada más que no ir al colegio, pero eso ya le parece fascinante. O se lo parecía, hasta que le chafaron el plan. Uno de estos días va a desobedecerles y se van a enterar. ¡Veinte días sin colegio! Por supuesto que quedará con sus amigas tantas veces como pueda. Va a pedirles a sus padres que confíen un poco más en ella, porque ya es mayor. Tal vez, inven-

te alguna mentira o se escape. Está cansada de tener que acompañar a su madre al trabajo cuando tiene fiesta como si fuera una niña pequeña. La gente del hostel es bastante agradable, pero allí no tienen tiempo para ella. Además, el señor Tort no le gusta nada. Tampoco la vieja, porque le da mucho miedo.

Piensa en sus amigas con envidia: seguro que las han llevado al cine y están riéndose y comiendo palomitas a destajo. No es justo. Tal vez sea porque sus padres parecen unos abuelos, o porque es hija única, pero, desde luego, las cosas van a cambiar.

Cuando se cansa de columpiarse, se desliza mil veces por el tobogán. ¡Eso sí es divertido!, pero ha sudado y ahora tiembla un poco, por el contraste entre el frío y el calor. Exhala aire y una nube de humo limpio y fresco se abre espacio delante de ella. Sonríe y repite la operación.

Se levanta del borde del tobogán para dirigirse al interior de la casa. Alguien se planta de repente junto a ella y está a punto de gritar del susto. Pero no pasa nada, porque le conoce.

—Pareces cansada.

—Es que estoy harta de estar aquí. Me aburro.

—¿Te obliga tu madre a venir con ella?

—Sí. Es una pesada. Cada vez lo mismo.

—¿Y tus amigas?

—Seguro que divirtiéndose más que yo.

—¿No puedes hablar con ellas?

—Más quisiera. No me dejan tener móvil.

—¿Quieres caramelos?

—¡Son sugus!

—Coge los que quieras. Tengo muchos más.

—Gracias.

—¿Quieres dar un paseo?

—No. Mi madre me espera.

—¿Cuántos años tienes? ¿Siempre le haces caso?

—N... no.

—Vale. Otro día. Adiós.

—Adiós.

Ella come un par de sugus y, algo más contenta, vuelve a deslizarse una última vez por la rampa del tobogán.

Después, está a punto de correr hacia el hostel, del que la separan solo unos metros, pero entonces observa sorprendida un rastro de sugus en el suelo.

Está cansada y quiere pedirle a su madre que se marchen ya, que está harta de estar ahí y que tiene frío, pero este parece un juego divertido y le apetece hacer lo que le da la gana. Desea ser desobediente. Por una vez no pasará nada, y al fin y al cabo aún tiene para rato...

Traviesa, echa a correr recogiendo los caramelos, y grita:

—¡Eh, espérame!

La cortina de una de las habitaciones de la planta superior del hostel se balancea mientras una sombra se aleja de la ventana.

Hoy ha empezado el invierno. El fuego danza en la chimenea en una especie de baile incansable. Lleva rato encendido y, de vez en cuando, Nico se acerca y se inclina para avivarlo porque sabe cuánto disfruta Estela con este ritual, con la visión de las llamas y el perfecto calor que les proporcionan. Estela dormita en el balancín: una manta de cuadros le cubre los muslos y parte de las piernas, y solo un pie, revoltoso, ha decidido escapar del abrigo de lana suave.

La camisa de algodón blanco de Nico la envuelve solo en parte y hace resaltar el tono moreno de su piel. Los botones desabrochados casi permiten ver su pecho desnudo, donde descansa la pequeña cabecita de su hijo Simón, de tres meses, que suspira satisfecho cada pocos segundos porque acaba de terminar su toma y parece saciado.

Nico no se cansaría nunca de mirarlos. Podría vivir eternamente en esta escena: ellos dos. Su casa. Su vida.

Trajina en la cocina y saca con cuidado los platos del lavavajillas para no despertar a Simón. Estela le sonrío y se retira el cabello detrás de la oreja. Nico continúa colocando la vajilla a conciencia con la intención de desalojar los recuerdos que ese gesto de Estela ha provocado y que, de cuando en cuando, se empeñan en invadir su memo-

ria. Marina también hacía eso. Aunque ya no le duele como antes, o tal vez sí, su tan fugaz como imborrable existencia y también su ausencia le asaltan en ocasiones por sorpresa y le obligan a respirar con calma, de una forma lenta y profunda, para no ser engullido por ese agujero negro que habita agazapado en su interior.

—Un penique por tus pensamientos —susurra Estela a su espalda.

Le conoce demasiado bien. Sabe cuándo está en el otro lado. Suele rescatarle, pero, a veces, también se enfada cuando Nico se deja arrastrar por la melancolía.

—Pensaba que dormías.

—Creo que soy algo así como una sonámbula —Estela le sonrío cansada—. Desde que nació —se interrumpe y besa al bebé en la coronilla— nunca estoy despierta ni dormida del todo.

Nico sospechaba que la conversación no iba a detenerse en este punto. Estela quiere saber.

—¿Pensabas en Marina?

—Sí. —¿Para qué negarlo? Tampoco le creería.

Le duele confesarle esto. Ellas eran hermanas. Y él la quería. Fueron novios hasta que la muerte se la llevó. El día más horrible de su vida. Y de la de Estela también. El día que Nico fue consciente de que el mal existía y que arrasó con todos ellos.

—Es normal que lo hagas, Nico. A mí también me pasa. Además, no tengo intención de olvidarla nunca y no quiero que tú tampoco lo hagas... —Se sobresalta—. ¡Son casi las cinco! Le he prometido a mi madre que podrían tener a Simón un rato en su casa, al menos hasta la siguiente toma. No sabes cuánto les agradezco que hayan decidido instalarse en el piso de encima del restaurante para echarnos una mano.

Simón parece salir de su letargo y Nico lo coge en

brazos con cuidado. La mano del bebé, de forma inconsciente, agarra su dedo y lo aprieta suave.

—Ya lo llevo yo —asegura Nico deteniéndose junto a la puerta—. ¿Sabes que estás medio desnuda? —añade como si acabara de darse cuenta.

—Vuelve tan rápido como puedas —contesta Estela divertida.

—¿Por qué tanta prisa?

—Porque me dejaré la camisa desabrochada, pero... solo para ti.

Nico sale con el niño y camina los escasos metros que separan ambas viviendas. Como siempre, se detiene unos segundos a observar el mar y la gran playa de arena fina, ambos solitarios, tal como a Nico le gustan. Recorre con la mirada el paseo marítimo, las casas de paredes blancas y las callejuelas que se pierden hacia el interior. Satisfecho, agradece que esta localidad de la Costa Brava se mantenga auténtica y con su ritmo pausado, como si el tiempo hubiese decidido respetarla por su belleza indiscutible. Todos pertenecemos a algún lugar. Y este es el suyo. La soledad a la que se había obligado desde la muerte de Marina doce años atrás le había permitido viajar y descubrir lugares increíbles, pero uno siempre necesita regresar a casa. En todos los sentidos.

Apenas diez minutos después, vuelve a entrar en la casa y se dirige rápido al salón.

Estela le espera sentada sobre una manta frente a la chimenea y alza los brazos hacia él.

—Venga usted aquí, detective Ros, antes de que la pequeña bestia comilona vuelva a reclamar mi cuerpo.

Nico se sienta frente a ella y se besan largo rato. Le gusta saborear sus labios y su boca sin prisas, pero la desea tanto que, poco después, la rodea con sus brazos y la estira impaciente sobre la manta cálida.

Estela aprieta su pecho contra el suyo, mostrándole su deseo, y Nico la oye susurrar su nombre. Sus cuerpos se abandonan y se entregan el uno al otro con ansia. Nico huele su piel y se hunde en ella.